

EL CÓNCLAVE HOY*

Edouard Helsey

Edouard Helsey nació en París en 1883 y estudió en el seminario menor de Saint Nicolas du Chardonnet. Renunció a la carrera eclesiástica y colgó los hábitos; practicó todos los oficios y conoció la miseria que reinaba en París a finales del siglo XIX. En 1906 empezó una carrera de periodista y a partir de 1910 llegó a la fama como gran reportero. Cubrió veintidós guerras o revoluciones. Publicó *La Trahison de Constantin, la Grèce et les Alliés* (1920), *Voyage en Allemagne* (1924), *L'An dernier à Jerusalem* (1930) y *Non-résistance ou le chemin de l'abattoir* (1945).

En la crónica que sigue, Edouard Helsey prevé que el cónclave reunido a principios de 1922 elegirá a Aquiles Ratti –Pío XI–, quien daría su primera bendición desde la logia exterior del Vaticano, manifestando así que no se consideraba más como “el preso del Vaticano” y del Estado italiano.

Le Journal, 2 de febrero de 1922 (de nuestro enviado especial Edouard Helsey)

Los electores pontificales tendrán que resolver graves problemas religiosos y políticos. ¿Papa político o Papa religioso? Todas las conversaciones de Roma y todos los artículos repiten esta pregunta simplona. Gente que parece seria se divierte con el juego de águila o sol y pretende encerrar los destinos de la Iglesia en esa alternativa pueril, como si el nuevo Papa no tuviese que ser a fuerza político y religioso.

* Traducción del francés de Jean Meyer.

Hay quienes modifican los términos de la pregunta, pero sin profundizar más. Dividen el Sagrado Colegio en dos fracciones y sopesan doctamente sus respectivas posibilidades. ¿Papa liberal? ¿Papa integrista? Qué mal conocen las sutilezas matizadas del espíritu eclesiástico. No se puede pronosticar la elección de un Papa como una apuesta a la ruleta sobre rojo o negro, aun cuando uno toma en cuenta el cero que puede salir tanto en el cónclave como en Monte Carlo. Del hosco Boggiani al docto Maffi, del dominico doctrinario al obispo matemático, de esa fe antigua y casi petrificada a toda esa inteligencia moderna, pasando insensiblemente por todos los rojos cardenalicios, del más subido al más pálido. Para intentar percibir las diversas corrientes que pueden acompañarse y perderse en meandros caprichosos antes de fusionarse, hay que renunciar a las generalizaciones demasiado fáciles y tomar uno por uno los problemas que dividen, más o menos gravemente, a los electores pontificales.

El gran público quedaría asombrado frente a la enumeración de algunos de los temas que emocionan más a un cónclave. Qué duda cabe, las cuestiones puramente religiosas son siempre las que más. Una de las obras de Pío X que tuvieron la mayor importancia para el alto clero fue su reforma litúrgica, tocando los “propios” de las diócesis y de las grandes órdenes religiosas, es decir la autorización que reciben para celebrar en tal fecha tal santo particular, y de modificar en los oficios tal o cual antífona o responso. Uno no tiene idea de las dificultades que plantean en el seno de la Iglesia esos detalles que, la mayoría de las veces, escapan a los ojos de los fieles. Es cuando aparecen las rivalidades tradicionales entre las grandes congregaciones. No es inútil saber, por ejemplo, que en el próximo cónclave hay dos dominicos, los cardenales Boggianni y Fruhwirth; un jesuita, el cardenal Billot; un redentorista, Van Rossum; un salesiano, etcétera. Pero para prever cómo y en qué sentido podrán jugar tantas influencias habría que ser iniciado en secretos que no salen de los claustros.

De la misma manera, pueden manifestarse divergencias sobre la oportunidad de corregir ese punto del ceremonial, esa regla de la disciplina eclesiástica. No se necesita más para formar clanes. Lo que le valdrá al cardenal La Fontaine el máximo de partidarios como el máximo de enemigos es su participación en las recientes reformas litúrgicas. La Iglesia eterna tiene el tiempo de estudiar con calma lo que nos parece de lo más ínfimo. No hay que pensar, por cierto, que

esas diferencias de opinión, muy vivas a veces, versan sobre importantes puntos de dogma o de moral. Se discutirá, por ejemplo, para decidir si es válido cambiar un ornamento sacerdotal. Sin embargo, tales minucias son menos vanas de lo que parecen y Pío X estuvo a punto de provocar el levantamiento de todos los católicos de Francia porque les obligó a cantar “*et coum spiritou touo*”.¹

EN BUSCA DE UN EQUILIBRIO

Sin embargo, las preocupaciones políticas ocupan siempre un lugar importante en la elección de los cardenales. Esos príncipes de la máxima potencia espiritual en el mundo tienen el mayor cuidado al confiar el timón de la Iglesia. Los más preocupados por cosas externas no olvidan la piedad, y los más santos toman en cuenta las contingencias terrestres.

Más que nunca su vigilancia está alerta al trazar la ruta de la nave apostólica en un tiempo como el nuestro, en un universo en el cual la gran tormenta todavía no se calma, cuando tantos nubarrones disimulan las estrellas. La política tradicional de la Santa Sede fue siempre apoyar con toda firmeza su actividad moral y religiosa sobre la autoridad política de un gran Estado. A lo largo del siglo XIX ese gran Estado fue el imperio de Austria. La guerra lo hizo pedazos. ¿Cómo sustituirlo?

Algunos piensan en Francia, aunque no son los más numerosos. Otros miran hacia Alemania, puesto que el partido del Centro Católico tiende a la preponderancia. Este último empuja hacia el *Anschluss*, es decir, la incorporación a Alemania de los siete millones de católicos austriacos. Varios piensan que España es lo suficientemente fuerte como para ofrecer a la Iglesia una ciudadela política; aunque quizá la mayoría sueña con el regreso de las Iglesias rusas al seno del catolicismo, ahora que han sido liberadas de la teocracia zarista.

El cardenal Gasparri se inclinaría del lado francés; Van Rossum representaría el partido que sueña con Alemania; Merry del Val sería el jefe de la facción española; al cardenal Ratti lo empujarían hacia la tiara los que ven la salvación en el

¹ Con la *u* española (*ou* en francés), en lugar de la *u* francesa cerrada, impronunciable para una garganta latina [N. del t.].

regreso a casa de la cristiandad eslava. Pero el arzobispo de Milán sería también el candidato de un último grupo, quizá el más numeroso, el de los cardenales que dejaron poco a poco de ser “romanos” para volverse “italianos”.

LA CUESTIÓN ITALIANA

Se conoce el problema de cómo la Casa de Saboya, para completar la unificación de Italia y asentar su capital en Roma, expropió hace cincuenta años a Pío IX de la soberanía temporal, reduciendo al Vaticano los Estados Pontificales. La Iglesia protestó de manera solemne y desde aquel entonces el Papa quedó voluntariamente preso en su palacio. Pero el tiempo lo suaviza todo. Mientras la pasión anticlerical en el pueblo italiano perdía parte de su fuerza, la Santa Sede abandonaba algo de su indignación inicial. Una tendencia al acercamiento empezó a desdibujarse. Se dice que Benedicto XV la favorecía, y es cierto que el Vaticano tuvo algo que ver en la formación del famoso partido popular italiano, el cual ocupa desde hace unos años un lugar tan grande en la vida pública, dosificando hábilmente religión y política, para agrupar así, bajos sus banderas, una masa compacta de electores. El partido popular quiere ir más lejos. Trabaja cuanto puede por una unión íntima entre la Iglesia e Italia, y muchos cardenales italianos, sensibles a las inspiraciones de su patriotismo terrenal, están dispuestos a caminar con valor en esa dirección. Tal es el caso del cardenal Richelmy, arzobispo de Torino, persona gratísima para la familia real.

Pero otros miembros del cónclave ven con cierto miedo la manera en la cual se esboza dicho cambio. Temen que la Iglesia pierda algo de su libertad al poner su autoridad moral al servicio estrecho de una nación. Estiman que su prestigio se debe a un inalterable carácter de catolicidad, es decir de universalidad, o para hablar más claramente, piensan que los servidores de Aquel cuyo reino no es de este mundo, deben guardar celosamente una posición internacional.

FRANCIA Y EL CÓNCLAVE

Muchas otras preguntas ofrecen a los cardenales la ocasión para dudar, lo que viene a complicar aún más las cosas, los que coinciden en un punto se separan en

otro. Por ejemplo, los que están de acuerdo en volver a la prima rigidez de la fe, restaurando las costumbres antiguas, pueden separarse cuando se trata de arbitrar entre las órdenes religiosas o de preparar la reintegración al catolicismo de tal o cual Iglesia separada.

¿Cuáles son, entre tantas fracciones movedizas, la posición y la influencia de los cardenales franceses? Con todo y sus notables divergencias, parece que su peso puede ser grande. Unos, como el cardenal Billot o Andrieu, son enemigos de las concesiones al espíritu moderno. Preconizan una firmeza de principios sin ninguna enmienda. Para ellos, la fe y la piedad deben mantenerse puras de toda aleación y vale más tener pocos fieles integralmente cristianos que una multitud de conciencias tibias, flojamente simpatizantes con el catolicismo.

El cardenal Luçon o el cardenal Mercier, que respetuosamente podemos contar entre los nuestros,² creen en la fuerza moralizadora de la palabra evangélica y quieren ganar las almas antes que los espíritus. Pero ninguno de ellos estaría de acuerdo en pactar con cardenales, si es que los hay, que ven en Francia una nación condenada al infierno, cargada de todos los pecados del mundo, que con gusto excluirían de la comunión de los santos. Menos aún podrían pactar con ciertos príncipes de la Iglesia que, poseídos por las pasiones nacionales de su pueblo, intentarían voltear contra Francia, en los asuntos del mundo terrenal, la fuerza del papado.

La verdad, no debemos temer que ese tipo de prelado, si es que existe, llegue a recibir del Sagrado Colegio el anillo del pescador. Francia sigue siendo, como su amiga Bélgica, una de las naciones más activamente católicas del mundo, y una de las más generosas. Es muy inverosímil que lo olvide el cónclave. Ya sea más o menos simpatizante de Francia, el nuevo elegido no puede sernos radicalmente hostil. Pero para saber cuáles son sus sentimientos haremos bien en olvidar esa terminología ingenua que mencionaba al principio de este artículo. Un Papa liberal puede ser italianísimo y poco favorable a Francia. Un Papa político puede, al llevar el espíritu de conciliación hasta la *combinazione*, ponernos en una situación difícil; de la misma manera, un Papa religioso puede encontrar en la pureza misma de su fe ese calor apostólico, ese celo de alta justicia y de verdadera cari-

² Por belga y francófono respectivamente [N. del t.].

dad que pasa por encima de todas las habilidades humanas. No hay que temerles a los santos. Ahora bien, hay pocos santos.

Se ve así cuán temerarios son los pronósticos emitidos por todos lados desde la muerte de Benedicto XV, y cuán lejos está el cónclave de dividirse en dos grandes corrientes netamente opuestas. Para tener una idea de la situación falta tomar en cuenta las oposiciones de castas y las rivalidades entre personas. Las cuales, como bien se puede pensar, no son las menos agudas. ❧